EL CARÁCTER VARONIL (Y OTRAS CUALIDADES AFINES) DE LA LENGUA DE CASTILLA: FUNDAMENTOS FONÉTICOS DE UN TÓPICO ANTIGUO*

RESUMEN

El muy conocido tópico áureo del carácter varonil de la lengua castellana tiene antigua tradición en España: observaciones en las que se aúnan los conceptos de marcialidad y varonilidad —pero también otros rasgos distintivos, estrechamente relacionados— constituyen una cadena que se extiende a lo largo de la historia de las ideas lingüísticas y que entronca en numerosos testimonios antiguos del vínculo entre los caracteres fonéticos del castellano y su talante varonil. El tópico tiene antigua raigambre: de hecho, a partir de la temprana edad moderna, en España no fue infrecuente la mención, en los textos de carácter histórico y filológico, del poeta de origen hispánico Marcial, quien alude a los *nomina duriora* de la Hispania de su época. El propósito primordial de nuestro trabajo es el de remontarnos a los orígenes del tópico, observar su desarrollo a través de los comentarios que se hicieron de los versos de Marcial a lo largo de los siglos, así como de las reflexiones metalingüísticas de gramáticos y eruditos sobre el carácter de la lengua castellana, y comparar dichos comentarios y reflexiones con las modernas consideraciones de tipo fonético, para intentar explicar en qué rasgos prominentes estribaría la percepción del castellano como lengua varonil.

PALABRAS CLAVE: Marcial; castellano; consonante vibrante; vocalismo; sustrato vasco

* El estudio es el fruto de planteamientos metodológicos comunes a ambos autores. Sin embargo, el apartado 1 corre a cargo de Autor, el 3 de Autor, el 2 y 4 de ambos.

ABSTRACT

The well-known Golden Age stereotype of the manly character of the Castilian language has an ancient tradition in Spain: observations that combine the concepts of martialism and manhood – but also other distinctive features, closely related – constitute a chain that extends along the history of linguistic ideas and that is embedded in numerous ancient testimonies of the link between the phonetic characters of Castilian and his manly mood. The stereotype has old roots: in fact, from the early modern age, in Spain the mention, in the historical and philological texts, of the poet of Hispanic origin Martial, who alludes to the *nomina duriora* of Hispania, was not uncommon. The primary purpose of our work is to go back to the origins of the Golden Age stereotype, to observe its development through the comments made of Martial's verses throughout the centuries, as well as the metalinguistic reflections of grammarians and scholars about the character of the Castilian language, and compare these comments and reflections with modern phonetic considerations, to try to explain in what prominent features the perception of Spanish as a manly language would be.

KEYWORDS: Martial; Castilian; trill consonant; vowels; Basque substrate

1. LOS *NOMINA DURIORA* DE MARCIAL

A partir de la temprana edad moderna, en España no fue infrecuente la mención, en los textos de carácter histórico y filológico, de unos versos del poeta de origen hispánico Marcial que se referían a la asperidad de ciertos topónimos celtíberos:

[...] nos Celtis genitos et ex Hiberis

nostrae nomina duriora terrae

grato non pudeat referre versu [...].

Haec tam rustica, delicate lector,

rides nomina? Rideas licebit,

haec tam rustica malo quam Butuntos. (Martialis, 1969, IV: LV)

En este epigrama el poeta bilbilitano subrayaba con cierto orgullo su procedencia del interior de Hispania —una tierra ruda y tosca— haciendo hincapié en la contraposición entre “la robusta naturalità spagnola e la desolante artificiosità della vita di Roma” (Citroni, 2002: 291).

Posiblemente los antiguos topónimos de Hispania resultaran duros a los escritores latinos por su exotismo, además de por su inherente dificultad —el propio Plinio, según Bernardo de Aldrete (2002 [1606]: 168), “dexó de escribir muchos nombres de España por la dificultad que auia en pronunciarlo”—, y por eso mismo eran capaces de provocar la risa. Sin embargo, no es nuestra intención entrar en el terreno de la toponimia peninsular de origen prerromano (celtibérico, en el caso específico de Marcial). El interés de los versos citados estriba, ante todo, en el hecho de ser, quizás, uno de los primeros testimonios de la que, en términos sociolingüísticos, se denominaría una *actitud afectiva*,¹ que se manifiesta asociando una lengua, o variedad de lengua, con una cualidad, en este caso negativa (aunque expresada con orgullo, como hemos dicho): el carácter tosco de las lenguas

¹ En sociolingüística, la actitud lingüística se define como la “[...] manifestación de la actitud social de los individuos, distinguida por centrarse y referirse específicamente tanto a la lengua como al uso que de ella se hace en la sociedad” (Moreno Fernández, 2005: 178).

prerromanas y, en general, de lo hispánico — que seguirá reverberando (y esto es lo que importa subrayar) en lo castellano.

El propósito primordial de nuestro trabajo es el de remontarnos a los orígenes del muy conocido tópico áureo del carácter varonil de la lengua castellana —de antigua raigambre, como acabamos de ver—, observar su desarrollo a través de los comentarios que se hicieron de los versos de Marcial a lo largo de los siglos, así como de las reflexiones metalingüísticas de gramáticos y eruditos sobre el carácter de la lengua castellana, y comparar dichos comentarios y reflexiones con las modernas consideraciones de tipo fonético, para intentar explicar en qué rasgos prominentes estribaría la percepción del castellano como lengua varonil. Comentaremos, asimismo, en la parte final del trabajo, otros rasgos distintivos de la lengua castellana, que emergen de los comentarios de los autores de los siglos pasados, y que, en nuestra opinión, hay que considerar como estrechamente relacionados con el carácter varonil.

El marco en el que se insertan los comentarios que de los versos de Marcial se hicieron a lo largo de los siglos es el de las *laudes Hispaniae*, que —como resume Gil (2004: 234–235)— fueron forjando la idea de una conexión mítica entre la España de la época en que se escribieron y la Hispania romana. A partir de finales del siglo XVI, además, empezó a ser objeto de loor el sistema lingüístico mismo del romance, frente a las épocas anteriores que centraban el encomio más bien en las letras (Binotti, 1995: 29).

Ante todo, en este apartado quisiéramos reseñar, aunque someramente, algunas atestiguaciones de la difusión de los versos del poeta bilbilitano, empezando por la mención que de ellos hace a comienzos del siglo XVII Bernardo de Aldrete en *Del origen y principio de la lengua castellana* (2002 [1606]: 168): “de la dureza, i dificultad destes nombres haze memoria Marcial”. En el marco de un capítulo dedicado a los vocablos antiguos que usaron

los españoles antes de la venida de los Romanos, el erudito andaluz enumera una serie de atestigüaciones procedentes de autores latinos que apuntan hacia la dificultad de la lengua de la Hispania romana, es a saber, Cicerón, Plinio, Pomponio Mela y el mismo Marcial. A pesar de que esta recurrencia podría deberse a un simple expediente retórico, ya que — como indica Correa Rodríguez (2002: 133) a propósito de Plinio y su descripción de la Bética— “no es creíble que a más de dos siglos de distancia de la conquista haya topónimos de ‘incómoda pronunciación’ en una región profundamente romanizada”, conviene destacar precisamente su cada vez más tangible consistencia en el seno del discurso metalingüístico sobre España y lo español, se fundamente o no en datos ciertos.

Pocos años después, bajo la voz *lengua* de su *Tesoro*, Sebastián de Covarrubias (2006 [1611]) afirma:

La lengua antigua española debió ser difícil y áspera de pronunciar a los forasteros y por esta razón se debe estimar, siendo lengua varonil. Marcial, hablando della y de sus vocablos groseros, dice lib. 4, epigrama 55, *ad Lucium*, ‘*Luci gloria*’, etc., *ibi*:

Rides nomina? rideas licebit,

Haec, tam rustica, delicate lector,

Haec tam rustica malo quam Britannas.

Es muy interesante destacar, en este alegato, la conexión que establece Covarrubias entre la supuesta distancia fonética de la lengua hispánica anterior a la romanización con respecto al latín (y la tosquedad de sus vocablos) y el carácter varonil que resulta de estas peculiaridades. En efecto, a través de esta afirmación Covarrubias engarza el muy manido

tópico áureo del carácter varonil de la lengua castellana (véase § siguiente) precisamente con una supuesta raigambre antigua, lo que constituiría, pues, una clara manifestación del genio del idioma, inmutable a lo largo de los siglos.

Remitiendo directamente a Pomponio Mela, hacia finales de siglo también el jesuita Gabriel de Henao (1689: 143) comenta los mismos versos y añade otros escogidos de dos epigramas del poeta bilbilitano que refrendan semejante concepto. Del primero (XII, XVIII) menciona los siguientes versos: “Celtiberis | haec sunt nomina crassiora terris”, que traduce así: “Estos son los nombres muy groseros de Celtiberia”. Y añade: “Habla, templandose à la delicadez, y pronunciacion de los Romanos”. Del segundo (X, LXV) indica los versos

Cur frater tibi dicor, ex Iberis,
et Celtis genitus Tagique civis?
Tu flexa nitidus coma vagaris,
Hispanis ego contumax capillis.
Os blesum tibi, debilisque lingua est,
Nobis filia fortius loquetur.

de los que ofrece la siguiente paráfrasis: “Porquè me llamas hermano, siendo yo natural de Celtiberia, y ciudadano del Tajo? Tu te paseas brillante con los crespos, y enrizados cabellos; yo descompuesto, como Español. Tu tienes tartamuda, y delicada lengua; mi hija, aun pequeña, hablará con mayor dureza”. Tal vez por pudor o porque no plenamente pertinente a su discurso, el padre Henao no menciona todo el epigrama que, sin embargo, posee connotaciones sexuales evidentes, puesto que contrapone la rudeza hispánica a la afeminación del destinatario del epigrama, un ciudadano de Corinto.

Según la transcripción del padre Henao, además, el epigrama hace referencia a una hija que, por ser hispánica también, habla con mayor dureza aun siendo una niña. Aunque esta versión difiere de otras transcripciones que, en cambio, traen *ilia* (‘caderas’, ‘ingles’, ‘vientre’) en vez de *filia*, lo que cabe resaltar en esta interpretación es precisamente el carácter varonil que supuestamente poseen los hispánicos en su conjunto, prescindiendo del sexo.² Esta misma condición es la que ha llegado a la observación de Navarro Tomás: “Reducida a la proporción correspondiente al lenguaje femenino, esta cualidad [el carácter varonil] se manifiesta asimismo en el habla de la mujer castellana” (1935: 22).

En el siglo XVIII el padre fray José de San Juan, en la *Aprobación a la Bibliotheca universal de la polygraphia española* de Cristóbal Rodríguez, se sirve del antiguo poeta Marcial para modernos propósitos casticistas:

Y que Marcial aviendo vsado en vn Epigrama muchas voces Antiguas, y Españolas, como *Graium*, *Rixama*, *Peteron*, *Petusia*, y otras; concluye diziendo, que quiere mas vsar aquellas voces, por mas que a quien no las entiende, le suenen Barbaras, sabiendo son de su Idioma originario, que andar mendigando terminos mas pulidos en los forasteros. [...] Harta reprehension, de que deben darse por entendidos, los que nos entrometen en el Lenguage mil voces estrañas, à titulo de enriquecer la Lengua, y no consideran estos Contravandistas de Vocablos, que para tomarse esta licencia debian probarnos primero el Dogma Pithagorico, mostrando que informan sus Cuerpos las Almas de Hortensio, de Gongora, ò de otros tan grandes, si es que ha auido, en esta Cathegoria tan grandes otros. (Rodríguez, 1738)

² Un detallado comentario de este epigrama puede leerse en Alfayé Villa (2013: 52–60), quien, además, menciona la variante *fistula* en lugar de *filia*.

En el siglo siguiente el historiador y epigrafista Fidel Fita, partidario del vascoiberismo, afirmaba: “Aquellos nombres de su querida pátria, que no obstante la aspereza del sonido eran tan dulces al corazón del poeta Bilbilitano, se explican, parte por el celta, parte por el vascuence, y parte, en fin, por ambos idiomas á la vez; puesto que uno y otro (á mi ver), no son sino diferentes ramas de un mismo tronco aryo, si bien brotaron en diferentes épocas” (Fita, 1879: 53).

Más adelante, además, el padre Fita llega a vincular el timbre claro y majestuoso del castellano a su ascendencia vasca:

Se ve en el vascuence la lengua que lanza su timbre limpio y puro por entre lábios finos y de ordinario abiertos, al paso que esta propiedad va oscureciéndose gradualmente desde el Gael al címrico; á la manera que el acento castellano, claro, fijo y majestuoso, tendiéndose por la Península apaga su brillantez ó se enturbia en boca de Valencianos y Catalanes, Gallegos y Portugueses. (Fita, 1879: 68)

Volveremos sobre la cuestión de las lenguas de sustrato en § 3.

Los versos de Marcial siguieron fascinando a los filólogos del siglo XX, sobre todo en la estela de la enseñanza pidalina, como se puede comprobar en obras como el estudio de Galmés de Fuentes (2000: 5), donde aparecen a manera de epígrafe junto a aquel conocidísimo poema de Miguel de Unamuno que engarza topónimos españoles.³

³ Se trata del poema *Ávila, Málaga y Cáceres*, en *Obras completas*, VI, 1036, 12 de julio de 1928.

2. EL CARÁCTER VARONIL Y MARCIAL DEL CASTELLANO EN LA HISTORIA DE LAS IDEAS LINGÜÍSTICAS: UN BREVE EXCURSO

Dentro de los testimonios más antiguos acerca de la aspereza y marcialidad del castellano ocupa un lugar destacado el *Poema de Almería*, compuesto a mediados del siglo XII, en el que el poeta —probablemente un monje leonés— indica las características fonéticas del castellano equiparándolas al sonido de una trompeta y de un tambor: “illorum lingua resonat quasi tympano tuba” (Rodríguez Aniceto, 1931: 155). Como resume Zamora Salamanca (2008: 1–2), esta similitud ha venido despertando el interés de los lingüistas desde Ramón Menéndez Pidal hasta Amado Alonso, Tomás Navarro Tomás y Roger Wright. Es precisamente Navarro Tomás, en su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua Española, quien señala el aire “digno, marcial y varonil” del castellano (1935: 40).⁴ Observaciones como las de Navarro Tomás, en las que se aúnan los conceptos de marcialidad y varonilidad, representan uno de los últimos eslabones de una cadena que se extiende a lo largo de la historia de las ideas lingüísticas y que entronca, como es sabido, en numerosos testimonios antiguos del vínculo entre los caracteres fonéticos del castellano y su talante varonil.

⁴ Una apreciación algo parecida es la que ofreció Emilio Castelar, quien, en su discurso de recepción pública ante la Corporación en 1880, afirmaba que la lengua española es: “dulce como la melodía más suave y retumbante como el trueno más atronador” (Castelar, 1880: 114).

El antes mencionado Bernardo de Aldrete afirmaba, a este propósito, que en la lengua castellana “buscamos suavidad y dulçura, ella la tiene acompañada de gran ser y magestad, conuiniente a pechos varoniles, y nada afeminados” (de Aldrete, 2002 [1606]: 369). En su *Arte de la lengua española castellana*, Gonzalo Correas (1954 [1625]: 490–491) sostenía que la lengua latina es “no poco escabrosa” por la presencia de sílabas duras y concatenaciones como *trans*, *post*, *dens*, *urbs*, *stirps*, *saxum*, *stant*, mientras que la castellana, que “no tiene nada de esos tropiezos, ni vazios, i corre más bien sonora i grave, i mas llena en boz i suave en su orazion”, es “igual, entera i de mucha enerxia, i enfasis en sus frases”. Concluía Correas denotando “la habla Española por varonil”.

Asimismo, la idea del carácter varonil dejó varias atestiguaciones en el siglo siguiente por mano de autores como Benito Jerónimo Feijoo, Benito de San Pedro, Tomás de Iriarte, José de Vargas Ponce, según puede apreciarse en los textos siguientes:

Es cierto que los Franceses pronuncian más blando, los Españoles más fuerte. La lengua Francesa (digámoslo así) se desliza: la Española golpea. [...] más razón habría de conceder el exceso al Castellano: siendo prenda más noble del idioma una valentía varonil, que una blandura afeminada. (Feijoo, 1778 [1726], xv: §17)

Iva ella creciendo entre tan ilustres ingenios, i volando azia las mas encumbrada perfeccion. Pero aun quedava que hacer. Se le avia de dar mayor dulzura, i fuerza para que se hallasse del todo agradable i varonil. (de San Pedro, 1769: 82–83)

Pues si fuera de Italia me desvelo / En buscar un language / Que á tódos para el canto se aventaje, / En el Hispano suelo / Le encuentro noble, rico, magestuoso, / Flexible, varonil, armonioso. (de Iriarte, 1779: 124–125)

El italiano mismo, para de una vez llegar al competidor mas temible, no puede en su prosa mantenerse contra tanta ventaja de la nuestra: contra la linda multitud de sus varias terminaciones, y aquella medida económica de consonantes y vocales, y contra su pronunciacion varonil y llena. (de Vargas Ponce, 1793: 95)

El gaditano Vargas Ponce —que ingresaría años más tarde en la Real Academia Española— subraya de forma más explícita aún el carácter varonil del castellano cuando afirma que es más apto que el italiano para las órdenes militares: “Siguiendo el mismo exemplo de arriba, al oír: *Presentate l’armi: Prepararsi á caricare, etc.* parece que si *gl’inimici* no se mueren de risa, no deben temer otro daño. [...] las voces *Atencion, Armas al hombro, Carguen, Fuego*, llevan en sí la entereza y brío adecuados á su destino” (de Vargas Ponce, 1793: 95–96).

En su *Apéndice sobre el genio, idiotismos, edades y autores célebres de la lengua castellana* (contenido en la *Gramática de la lengua castellana*), el presbítero y docente andaluz Agustín Muñoz Álvarez (1828 [1793]: 21) afirmaba que “La pronunciación de la lengua castellana es clara, llena, moderadamente suave, y variada, cual convenía á la gravedad de los españoles para sostener un tono firme y varonil”.

El tópico llega, finalmente, también a las obras de la Real Academia Española, que —a propósito de la costumbre de algunos impresores de escribir la sílaba *ex* como *es*— en el prólogo del diccionario de 1837 escribe: “so color de suavizar la pronunciación de las indicadas sílabas, se desvirtúa y afemina en cierto modo la noble y varonil robustez en nuestro idioma” (Real Academia Española, 1837).

Medio siglo después (1866), en su discurso de ingreso el académico Miguel Mir afirmaba: “Porque España fué grande [...], por esto su lengua fué grande también y llena de dignidad y hermosura, no de hermosura muelle y afeminada, sino grave, severa y varonil, cual convenía á la que se había formado en aquellos pechos robustísimos y á la que era eco de aquellas almas indomables que habían vencido y avasallado el mundo” (Mir, 1866: 41).

Poco antes, el inspector de primera enseñanza de la provincia de Lérida Rafael Monroy escribía: “la lengua castellana [...] es naturalmente robusta y varonil en su pronunciación” (Monroy, 1865: 77).

El afeminamiento y pérdida de energía de la lengua de su época preocupaba a muchos escritores y gramáticos, como Pedro Muñoz Pena, que en su *Discurso sobre el origen y progreso de la lengua castellana* (2010 [1872]: 41) afirmaba: “Verdad es que esta poesía erudita y cortesana no pudo resistir á la decadencia por mucho tiempo, y ha no haberle prestado la popular sus no corrompidos acentos y varonil entonación, ella se hubiera despeñado en el precipicio del enigma y en la oscuridad del logogrifo”.

Quejas como esta explotaban el concepto de la corrupción de la lengua inoculada por las costumbres extranjerizantes y subrayaban decididamente la pureza de la veta popular, ese talante pulcro y auténtico capaz de sobrevivir a lo largo de los siglos.

Como es sabido, además, el concepto de virilidad acabará asociándose no solamente a la lengua sino a todo el solar castellano cuando, hacia finales del siglo XIX, empezó a fraguarse el paralelo simbólico entre el paisaje y el talante del pueblo que lo habita. Bajo esa lupa hay que leer la contraposición que establece Francisco Giner de los Ríos entre el paisaje gallego —dulce y por lo tanto femenino— y el castellano —rudo y por lo tanto masculino, como señala Ortega Cantero (2009: 35):

Aquí, por el contrario, asoma por doquiera el esfuerzo indomable que intenta abrirse paso a través de obstáculos sin cuento; y así como en un mismo día y lugar se suceden con rapidez vertiginosa el hielo y el ardor de los trópicos, así también el sol deslumbra con un fulgor casi agrio en el fondo de un cielo, de puro azul, casi negro. Es la nota varonil, masculina, que pudiera llamarse. (Giner de los Ríos, 2004: 796)

Fue Antonio Machado quien aquilataría este vínculo entre virilidad y páramo castellano en sus famosos versos:

¡Castilla varonil, adusta tierra;
Castilla del desdén contra la suerte,
Castilla del dolor y de la guerra,
tierra inmortal, Castilla de la muerte!

Como es sabido, Tomás Navarro Tomás, discípulo de Menéndez Pidal, retoma el concepto de genio del idioma inmutable: “Sobre el carácter varonil del acento castellano se encuentran, asimismo, en los escritores extranjeros numerosas referencias. En ellas se hace notar repetidamente que la contextura fonética de dicho acento le permite ser a la vez enérgico y suave, denso y flexible, dulce sin blandura y vigoroso sin dureza” (Navarro Tomás, 1935: 20). Y unas páginas más adelante:

El acento castellano en sus rasgos esenciales, depurados y refinados a través de largas generaciones, puede ser considerado como el elemento tradicional más antiguo de nuestra lengua, anterior probablemente a la existencia del mismo romance castellano, eco milenario del modo de hablar de todas las gentes que nos han precedido en esta

tierra en que hemos venido al mundo y en que se mueve nuestra vida. (Navarro Tomás, 1935: 46)

Como se ha podido apreciar, en algunas de las citas que hemos reproducido las valoraciones que destacan el carácter varonil del castellano se alternan con otras de signo opuesto: así, se destaca la dulzura (pero sin blandura) y la (moderada) suavidad. De hecho, como advierte Terracini (1992: 66),

Por otro lado, no hay que olvidar otro valor que, aparentemente negado en España en las apreciaciones éticas, aparece con frecuencia en las valoraciones formales como calidad positiva: la dulzura misma. [...]. Las dos palabras-clave ‘gravedad’, ‘dulzura’, funcionan en simbiosis en varios campos: de la pronunciación, de la entonación, de las elecciones léxicas, hasta el de la caracterización de los estilos.

Sin embargo, lo que importa subrayar es que “Frente a las otras lenguas la lengua española, en la polaridad axiológica dulce-grave, resulta fijada en el polo de lo grave, majestuoso, rico, abundante, más que en el polo de lo dulce, aun sin olvidar la existencia de éste [...]” (Terracini, 1992: 67).

Una vez llevado a cabo este somero recorrido histórico, cabe preguntarse a qué se debe esta percepción del castellano como lengua marcial y varonil, que acabó repitiéndose de pluma en pluma hasta convertirse en tópico. ¿Qué características fonéticas podríamos considerar relevantes como para fraguar semejante concepción? En el apartado siguiente, además del carácter varonil del castellano, tomaremos en consideración también, como hemos

adelantado en § 1, otros rasgos afines de la personalidad de esta lengua y analizaremos las características fonéticas que los ponen de manifiesto.

3. EL CARÁCTER VARONIL DEL CASTELLANO Y SUS MOTIVACIONES FONÉTICAS

Al comentar el epigrama de Marcial que hemos estado exponiendo al principio, señala Moreno Soldevila (2006: 392) que la repetición de los fonos vibrantes en los versos 9–10 (“nostrae nomina duriora terrae | grato non pudeat referre versu”) representa precisamente “a sonic symbol of the *nomina duriora*” [un símbolo sonoro de los *nomina duriora*], que el poeta bilbilitano aprovecha como expediente fonosimbólico, gracias a la aliteración, con el fin de evocar la dureza y asperidad del latín hispánico. El legado que dejarían los antiguos naturales de la Celtiberia en el genio del idioma, pues, vería en la expresividad de estas articulaciones de alto valor fonosimbólico su más patente efecto: es decir, los elementos segmentales más caracterizadores de la varonilidad del genio de la lengua castellana serían precisamente las consonantes vibrantes, especialmente la múltiple. De hecho, se trata del único indicio concreto que es posible inferir de las fuentes antiguas. Si bien no aparecen referencias explícitas —de hecho, la única es la que aparece en la definición de la letra *r* en Covarrubias (véase más abajo)—, corrobora nuestra hipótesis la supervivencia, en la lengua española, de estructuras y elementos (rechazo de *r*- inicial, sufijación en *-rr-*, préstamos léxicos) claramente atribuibles a las lenguas prerromanas (especialmente al vasco), cuyo elemento característico y recurrente es /r/, como veremos a continuación.

Por otra parte, las metáforas sinestésicas que remiten a la imagen de un golpe o al sonido producido por la percusión de un tambor, como las que encontramos en la cita de Feijoo (“La lengua Francesa (digámoslo así) se desliza: la Española golpea”) o en el *Poema de*

Almería (“illorum lingua resonat quasi tympano tuba”), bien pueden aludir al mecanismo articulatorio típico de una consonante vibrante, y no es casual que esa misma metáfora siga empleándose incluso en las descripciones científicas modernas del modo de articulación vibrante, para indicar las oclusiones del ápice de la lengua contra los alvéolos. Sirvan de ejemplo las siguientes, relativas a la vibrante múltiple, sacadas de algunos de los más conocidos manuales y tratados de fonética: “La fase de posición es prolongable y consiste en dos o más golpes rápidos entre el ápice y los alvéolos” (Canellada & Kuhlmann Madsen, 1987: 38), “La diferencia más importante entre las dos vibrantes es que la simple se pronuncia con un solo golpe rápido [...], mientras que la múltiple consiste en varios golpes rápidos [...]” (Hualde, 2014: 181); algunos autores, además, emplean, para /r/, la denominación *percusiva* en lugar de *vibrante simple* para marcar la sustancial diferencia que existe entre los gestos articulatorios de /r/ y /r/ (cf. Massone, 1988; *NGRAE*, 2011: 245).⁵

Según la definición de Covarrubias (2006 [1611]), *r* es una letra que ya desde épocas pasadas se viene denominando *canina*, pues se pronuncia con estridor, “como el perro cuando regaña”. Añade el lexicógrafo que “La lengua española interpone muchas veces esta letra en las dicciones, con que las hace sonar fuertes, sin que sea radical ni les pertenezca. Toparás en este libro muchos ejemplos adonde se advierte”. Uno de esos ejemplos es el representado por la definición de *broca*, donde leemos: “El castellano

⁵ También en otras lenguas se adopta la misma metáfora: por ejemplo, en inglés se emplea *to tap* ‘dar un golpecito’ (“In trill one flexible organ repeatedly taps against another [...]” [En las vibrantes un órgano elástico golpea repetidamente contra otro], Catford, 2001: 65); *tap* es la denominación de la consonante vibrante simple (vs. *trill*).

interpone muy de ordinario la letra *r* en los vocablos extranjeros de que usa, como en los propios suyos, con que hace su lengua más fuerte y varonil”. Covarrubias establece, pues, una conexión patente entre el carácter varonil del castellano y la energía de este sonido que, por pertenecer tan hondamente al idioma, extendería su frecuencia incluso a las voces extranjeras (en este caso modificando el original *boucle*).⁶

La honda raigambre de la vinculación de este sonido con el genio del idioma castellano permanece inalterada hasta nuestros días, como observamos en las reflexiones del periodista y escritor Álex Grijelmo: “Las erres se perciben a su vez con la connotación de la energía o de la fuerza [...]. La *r* que entra raspando en los oídos y que servirá para dotar de brío a las ideas aunque su contenido careciere de fuerza” (Grijelmo, 2000: 45–46). Y más adelante añade:

Nos seduce todo lo que procede de nuestros antepasados y, cómo no, lo que resistió en las palabras prerromanas que superaron los filtros y las invasiones. Páramo, barraca, barro, charco, galápago, rebeco, berro, berrueco... Nadie conoce el origen de estos

⁶ Y si el efecto de virilidad y fuerza está asegurado, sin embargo, en opinión de algunos autores las secuencias de consonante (tautosilábica) + *r* introducirían un matiz de aspereza que sería ajeno a la lengua castellana y constituirían, por tanto, un elemento de dificultad en la pronunciación. Ello explicaría, según Jerónimo de San José (1763 [1651]: 40), la epéntesis vocálica que aparece en palabras como *corónica*: “Llámase también Cronica; y nuestra lengua Española que no sufre aspereza, ni dificultad en la pronunciacion y sonido de las palabras, y por eso añade ó quita letras á las dicciones asperas, pareciendoselo esta le añade una *o* en la primera sylaba, diciendo Coronica [...]”.

vocablos, que existen desde que nuestra especie guarda memoria. Son palabras antiguas, mucho más viejas y calientes que un mueble del siglo XIII por el que pagarían cientos de millones. (Grijelmo, 2000: 268–269)

Posteriormente, vuelve Grijelmo a exponer el mismo concepto en *El genio del idioma*:

Tal vez entronque con el lenguaje de las cavernas la fuerza de esas erres que nos desahogan los enfados (‘cabreo’, ‘bronca’, ‘cabrón’) y que tanto gustan a los locutores deportivos por el vigor que transmiten: ‘recorte’, ‘regate’, ‘remate’, ‘arrebata’, ‘raso’, ‘rompe’, ‘roba’... O la sonoridad que notamos en las viejas y recias voces prerrománicas y que pronunciaremos aún durante muchos siglos más (‘barro’, ‘cerro’, ‘barraca’, ‘rebeco’, ‘berrueco’...). (Grijelmo, 2004: 9–10)⁷

Las fuentes lexicográficas antiguas aplican la metáfora canina tanto al fonema /r/ (como en *cara, tres, cortar*) como al fonema /r/ (como en *rosa, honra, carro*), aunque, en cuanto al primero, parece desprenderse que su capacidad de conferir fuerza a las palabras se manifiesta especialmente cuando va precedido de una consonante tautosilábica (*cf. broca*). Como quiera que sea, es cierto que el fonema vibrante múltiple es el que con mayor eficacia manifiesta ese carácter de virilidad y fuerza, en virtud de su alto valor fonosimbólico, lo que no es de extrañar, si se consideran sus características articulatorias

⁷ Nótese que no todas las voces mencionadas son de origen prerromano (como *cerro*, probablemente del latín *cirrus*). Para una lectura crítica del concepto de *genio del idioma* en Grijelmo puede verse Sánchez Manzanares (2019), quien analiza las proposiciones historicistas y nacionalistas que fundamentan el pensamiento del periodista.

únicas: en primer lugar, el relativamente elevado número de oclusiones o interrupciones⁸ — característica que parece exclusiva de la lengua española (compartida solo por sus dialectos históricos, además de por el catalán, el gallego y el vasco)—, un “derroche vibrante” (Grijelmo, 2000: 47) que sin duda confiere a las articulaciones vibrantes múltiples esa fuerza y virilidad de que nos habla Covarrubias. Bien lo expresa Fónagy (1983: 96), quien afirma que “Un *r* très fortement roulé confère à l’espagnol [...] un cachet de masculinité sans diminuer la souplesse [...]”. [Una *r* muy vibrante confiere al español un toque de masculinidad sin reducir la elasticidad].⁹ De hecho, si examinamos el asunto desde la perspectiva del inconsciente, la actividad muscular enérgica de la lengua durante la producción de /r/ y el mecanismo articulatorio involucrado pueden despertar la imagen de

⁸ El número de oclusiones o bien de fases (de abertura y cierre; *cf.* Blecua Falgueras, 2001; Martínez Celdrán & Fernández Planas, 2007) varía dependiendo de los estudios y de factores contextuales y estilísticos. Por poner un ejemplo, Navarro Tomás (1999 [1932]: 122) establece que en posición inicial de sílaba acentuada /r/ tiene tres oclusiones (vibraciones), cuatro tras vocal acentuada, dos tras consonante heterosilábica; Quilis (1999: 336), por su parte, observa una media de tres; de la Mota (1991) obtiene tres o cinco fases en habla de laboratorio pero solo dos en habla espontánea; en este mismo estilo de habla, Blecua Falgueras (1999), por su parte, encuentra tres (hay que tener en cuenta de que, en habla sobre todo espontánea, pueden darse otros tipos de realizaciones; además de los autores mencionados, *cf.* también Ortiz de Pinedo Sánchez, 2017).

⁹ De hecho, a diferencia de lo que suele o puede ocurrir en otras lenguas, /r/ en español parece destacar por su notable estabilidad, tal como lo señala Lindau (1985: 161).

un sonido eréctil (definición propuesta por el psicólogo húngaro István Hollós). A nivel inconsciente, la identificación de la lengua con el pene

s'explique par des analogies morphologiques et fonctionnelles. La langue dirige le flux d'air à travers des espaces humides vers l'ouverture buccale. La langue et le pénis sont les seules structures musculaires attachées à un seul os. La forme et la couleur de la langue renforcent l'analogie. Un trait commun essentiel, mis en évidence par Hollós, [...] est l'érectilité de la langue [...]. (Fónagy, 1983: 97)¹⁰

La lengua española ha sabido aprovechar el especial poder evocativo del fonema vibrante múltiple: una huella tangible de ello la encontramos en las onomatopeyas, en la fraseología y en la poesía, donde el sonido se convierte en “a thorough echo of the sense” [un eco completo del sentido] (Jakobson, 1960: 373). Sin lugar a dudas, el español puede beneficiarse quizás con mayor eficacia, con respecto a otras lenguas, de recursos retóricos como la aliteración, precisamente gracias al alto valor fonosimbólico del fonema, en sus múltiples posibilidades evocativas: desde la esfera de los sentimientos y las emociones hasta los ruidos o los sonidos del ambiente que nos rodea. Como bien lo expresa Iribarren Argáiz (2010: 58), /r/ “es una consonante continua de notable fuerza y expresividad, lo que

¹⁰ Puede explicarse por analogías morfológicas y funcionales. La lengua dirige el flujo de aire a través de los espacios húmedos hacia la abertura bucal. La lengua y el pene son las únicas estructuras musculares en estar unidas a un único hueso. La forma y el color de la lengua refuerzan la analogía. Un rasgo común fundamental, destacado por Hollós, es la erectilidad de la lengua.

explicaría su frecuente aprovechamiento fonosimbólico en la poética castellana. Tal capacidad expresiva puede muy bien estar relacionada con el esfuerzo articulatorio que exige su producción”.¹¹

Parece ser, esta, una propiedad inherente a las consonantes vibrantes apicales en general, como afirma Fónagy (1983: 96): “Le *r* est associé [...] au combat. ‘Le *r* prend tout son relief lorsqu’il s’agit d’actions violentes et véhémentes (*quandoque exponuntur res acerbae ac vehementes*)’, écrit Vossius, en citant des vers de Virgile et d’Horace” [La *r* se asocia al combate. ‘La *r* adquiere todo su relieve cuando se trata de acciones violentas y vehementes’, escribe Vossius, citando unos versos de Virgilio y Horacio].¹²

¹¹ Las razones articulatorias que explican la dificultad intrínseca a la producción de una vibrante múltiple quedan sintetizadas por Blecua Falgueras (2001: 7): “para iniciar a mantener la vibración del ápice de la lengua es necesario un control muy preciso de los diferentes órganos que intervienen en el proceso, ya que un mínimo desajuste de la tensión requerida en cada punto implica que no se produzca dicha vibración. [...]. Además, en la articulación de este sonido no sólo actúa el ápice de la lengua, sino que también se forma una constricción postdorsovelofaríngea [...]. Esta doble articulación requiere mucha precisión en el control de la lengua, puesto que supone la realización de dos movimientos simultáneos, uno de ellos vibratorio, en la zona anterior, y el otro de constricción, en la zona posterior”.

¹² De hecho, “La distribution de fréquence des phonèmes dans les poèmes appartenant à deux populations sémantiques différentes, dans les poèmes belliqueux d’une part, dans les poèmes idylliques d’autre part, reflète en effet une forte tendance à associer les *r* à la violence” [La distribución de frecuencia de los fonemas en los poemas pertenecientes a dos

En *La Dorotea* Lope de Vega Carpio ya había destacado, mediante las palabras de Julio, precisamente la presencia representativa de este fono en castellano: “Porque estas erres son muy significativas y sonoras en nuestra lengua, y de excelente boato, como *sarria*, *angurria*, *tirria* y otras semejantes” (de Vega Carpio, 1987 [1632]: 384–385).

En lo que concierne a las onomatopeyas, en efecto, el español cuenta con numerosas creaciones expresivas en las que prima el sonido rótico, como *rifirrafe*, *ringorrango*, y creaciones onomatopéyicas como *ris-ras* (‘sonido del rasgueo’), *rin* (‘sonido de un timbre’), *rataplán* (“U. para imitar el sonido del tambor”, según el *DLE*), *ratatá* (‘sonido de una ametralladora’), *retintín* (‘sonido de una campana’). Según el *DLE* también la voz *cencerro* sería una creación onomatopéyica. Entre las interjecciones se puede mencionar *arre* (‘estímulo a las bestias’ o ‘expresión de rechazo’, *DLE*). Asimismo, podría también deberse a la vigorosa consistencia fónica la motivación de las unidades fraseológicas *erre que (te) erre*, *estar erre* y *haches y erres*. De las dos primeras nos deja constancia Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1967 [1627]: 634): “De aquí

poblaciones semánticas diferentes, en los poemas bélicos por una parte, en los poemas idílicos por otra, refleja en efecto una fuerte tendencia a asociar las *r* con la violencia] (Fónagy, 1983: 96). Nótese que la consonante vibrante múltiple puede sugerir también imágenes dulces y plácidas, totalmente opuestas a las evocadas por los ejemplos mencionados: por ejemplo, el “deslizamiento suave y la cadencia duradera e indefinida del río” (González Martínez, 1991: 44), sugeridos por *corriendo* y *rumor* en los siguientes versos de la *Fábula de Faetonte* (Poema VIII) de Francisco de Aldana: “[...] dentro un umbroso seno, do corriendo | vio un luciente cristal que en todo el valle | dilatava el rumor que dél nacía [...]”.

sale tomar el nombre 'erre' solo a muchos propósitos, denotando firmeza, constancia y porfía afirmando o negando; con ejemplos se hará más claro: 'Erre, erre, dize erre': dize 'no'. 'Io a llamarle, i él erre': el que está en sus trece. 'Estoi erre todos los días en la lizi3n': asisto con puntualidad. 'Fulano sienpre erre ke erre al ofizio', ke es: sin faltar de él día".

Por lo que se refiere a *erre que (te) erre*, Iribarren (1995) apunta precisamente a la dificultad de pronunciar el sonido para explicar la plasmación de la locución, aunque Corriente (1999, s.v. *herre que herre*) ofrezca una explicación diferente y señale que la grafía con *h* demuestra que no se trata del nombre de la letra y que, por consiguiente, la locución no puede referirse a un sonido.

Por lo que atañe a la tercera, se trata de una locución de la que empieza a haber constancia en los repertorios lexicográficos a partir del siglo XIX: "ENTRAR CON HACHES Y ERRES. f. Tener malas cartas el que va á ganar la mano, ó la polla. *Stulte se tradere sorti in foliis lusoriis* (RAE, 1803, s.v. *entrar*)".

Pero volvamos sobre las huellas del genio del idioma: que la articulación vibrante múltiple, con su expresividad y fuerza, represente uno de los rasgos más inmutables de su personalidad es una hipótesis fascinante, refrendada por aquellas teorías que defienden un papel activo de las lenguas prerromanas (en los aspectos que vamos a considerar a continuación, nos referiremos al vasco; véase la Nota 15) en la configuración de algunas características de la fonología (y la morfología) del castellano. Y no puede ser de otra manera, si consideramos que una gran cantidad de los primeros hablantes del castellano fue posiblemente vascohablante. De hecho, el fonema vibrante múltiple forma parte de las dieciséis consonantes básicas del vasco antiguo y medieval (Michelena, 1995 [1957]: 106); es más: la lengua vasca ha mostrado, a lo largo de su historia, una tendencia cada vez mayor a neutralizar la oposición /r/ ~ /r/ a favor del vibrante múltiple en todas las

posiciones, excepto entre vocales, donde hay contraste fonológico entre los dos fonemas (cf. Trask, 1997: 144–146; Egurtzegi, 2013: 140–142). El fonema vibrante múltiple, pues, está profundamente arraigado en la lengua vasca y es uno de los rasgos más distintivos de su rostro sonoro. Pues bien, si por un lado, en español, el contraste en posición intervocálica entre /r/ y /r/ tiene su origen en la oposición /r/ ~ /rr/ (simple ~ geminada) del latín, por el otro no parece demostrable la ascendencia latina de /r/ en las otras posiciones, debido a la distinta distribución de las vibrantes en las dos lenguas: si para la típica realización múltiple de /r/ del español en posición inicial de palabra puede suponerse un cambio independiente,¹³ por otro lado sí se comparte la idea de que se debe al contacto

¹³ Hualde (2014: 186) sugiere que este cambio se debe a un refuerzo de la consonante vibrante inicial de palabra, paralelo al que experimentaron /l-/ y /n-/ en otras lenguas iberorrománicas: cf. catalán y asturiano *lluna* /'luna/ 'luna', asturiano *ñome* /'nome/ 'nombre' (ejemplos del autor). Por otra parte, no se puede descartar el origen vasco del fenómeno (refuerzo de la vibrante sin desarrollo de una vocal protética), como parece suponer Rohlfs (1970: 150), al evidenciar el paralelismo entre el gascón, de sustrato aquitano (esto es, protovasco), y el castellano con respecto al tratamiento de la vibrante inicial latina: “D’ autre part nous trouvons quelque chose d’ analogue en Espagne, où chaque *r* à l’ initiale se redouble. Bien qu’ on écrive *rana*, *rey*, *rueda*, *redondo*, on prononce *rrana*, *rrey*, *rrueda*, *rredondo*” [Por otra parte encontramos algo parecido en España, donde toda *r* inicial se dobla. Aunque se escribe *rana*, *rey*, *rueda*, *redondo*, se pronuncia *rrana*, *rrey*, *rrueda*, *rredondo*]. Rohlfs, sin embargo, parece desconocer los ejemplos con prótesis vocálica mencionados por Echenique Elizondo en la cita que reproducimos. También se podría aventurar que la realización múltiple fue ocasionada por una vocal protética

vasco-castellano la restricción fonotáctica que rechaza ese fonema en dicha posición (en el castellano antiguo)¹⁴ mediante el desarrollo de una vocal protética:

[...] la generación de una vocal protética ante /r-/ múltiple inicial debe ser entendida como influjo de la lengua vasca sobre el romance castellano, pues no hay razones para atribuirle a hechos románicos; en textos castellanos antiguos encontramos también casos de *Arredondo* por *Redondo*, *arroturas* por *roturas*, etc., que, sin duda, están mostrando la influencia del adstrato vasco en su configuración. (Echenique Elizondo, 2004: 73)

Por el contrario, existen buenas razones para defender la idea del origen vasco¹⁵ de un gran número de préstamos en *-Vrr(a)*, que, como sostiene Iribarren Argaiz (2010: 1), “una vez

originaria para posteriormente quedar descubierta a raíz de la eliminación de esa misma vocal.

¹⁴ En el español actual solo quedan pocos rastros de este proceso, como *arruga*, *arrepentirse*, etc.

¹⁵ El vasco fue lengua de adstrato en los territorios en los cuales se fraguó el castellano. Tradicionalmente, a fenómenos como el que aquí se ilustra, solía atribuirse un genérico sustrato mediterráneo (*cf.* Menéndez Pidal & Tovar, 1958) o bien un origen ibérico, etiqueta, esta última, que “presuponía cierto parentesco entre vasco e ibérico” (Iribarren Argaiz, 2010: 8). Como aclaran Echenique Elizondo y Martínez Alcalde (2013: 47–48), “En el caso de que se quiera seguir defendiendo la filiación vasco-ibérica (cuestión no totalmente resuelta todavía hoy, si bien hay un cierto consenso en aceptar que no hay

asimilados al castellano, pasan a modelar otros muchos términos romances derivados, produciéndose así una rica sufijación romance en *-VrrV*". La autora identifica 279 préstamos, sobre un total de 579 palabras en *-rrV*, las cuales "se refieren a un área de uso que comprende Asturias, Vascongadas, Navarra, Aragón, La Rioja, Castilla, La Mancha, Andalucía, Extremadura, Baleares y Canarias" (Iribarren Argáiz, 2010: 32). A modo de ejemplo, considérense los siguientes vocablos de uso general, todos ellos préstamos directos del vasco: *pizarra*, *chatarra*, *chaparro*, *guarro*, *modorra* y muchísimos más; en cuanto a los derivados romances, los sufijos en *-VrrV* o *-VrriV* suelen tener valor diminutivo (también aumentativo, como en el caso de *-orrV*) y/o despectivo: cf. *-arra* (*tunarra*),¹⁶ *-arro/-arra* (*mocarro*), *-arria* (*bambarria*), *-arrio* (*angarrio* 'persona o animal muy flaco', utilizada en Colombia y Venezuela), *-orro/-orra* (*aceitorro*, *vidorra*), *-orrio/-orria* (*villorrio*, *vidorria* 'vida arrastrada y triste', utilizada en Argentina, Colombia y Venezuela), *-urro/-urra* (*baturro*), *-urrio/-urria* (*bajurrio*). Como concluye la autora al respecto:

parentesco genético sino mera relación cultural entre ambos), se entendería como territorio lingüísticamente ibérico tan solo el mediterráneo con cierta penetración hacia el interior por el sur [...]"'. Con todo, se reconoce la existencia de coincidencias tipológicas entre el vasco y el ibérico, entre ellas, el rechazo de la consonante vibrante en posición inicial (Echenique Elizondo 2004: 73).

¹⁶ Separamos *-arra* del siguiente sufijo (*-arro/-arra*, donde *-a* es marcador de género, así como en los pares de sufijos que siguen), porque "*-arr(a)* aplicado a adjetivos produce en un primer momento adjetivos epicenos, de acuerdo a los modelos de los préstamos vascos" (Iribarren Argáiz, 2010: 74).

Se puede sostener, por tanto, la coherencia de la sufijación en *-rr-* con los hábitos lingüísticos de los primeros hablantes de castellano, entre los que posiblemente se dió una alta proporción de hablantes de euskera. Estos vasco-hablantes o hablantes bilingües inmersos en un mundo románico, tenderán a utilizar numerosas palabras en *-r* que, siendo vibrante múltiple [R], seguidas por una vocal terminarán en secuencias *-VrrV* que irán afianzándose en la lengua neolatina. (Iribarren Argaiz, 2010: 39)

Como se ve, si consideramos su frecuente valor despectivo, los sufijos en *-rr-* no hacen sino confirmar el carácter fundamental de lo castellano, polarizándolo, en este caso, en la vertiente más ruda y agresiva de la varonilidad, donde la vibrante múltiple expresa de manera emblemática la actitud despectiva del hablante hacia la idea vehiculada por la raíz: sonido duro, áspero y difícil, que bien supo aprovechar Marcial en sus versos.

Sin embargo, el genio de la lengua castellana también sabe mostrar su cara más noble; por decirlo con palabras de Correas (1954 [1625]: 494), “más grave, llena, dulce, i bien sonora, clara, distinta [...]” (recordemos también las palabras, ya citadas, del padre Fita, que define el acento castellano “claro, fijo y majestuoso”, y de los otros autores mencionados, que comparten las mismas valoraciones).¹⁷ Sin duda, en ello tienen, una vez más, un papel

¹⁷ Navarro Tomás (1935: 14 y 17–18), en su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua Española, resume estas cualidades de la siguiente manera: “Sobre el español [...] han expresado asimismo opiniones coincidentes las gentes más diversas [...]. Coinciden la mayor parte de las manifestaciones de estos autores en señalar en el acento español tres rasgos principales: sonoridad, aire varonil y tono de dignidad”. Para un análisis crítico del discurso de Navarro Tomás, remitimos a Poch Olivé (2018).

importante las consonantes vibrantes, cuya dureza “est d’abord liée à l’idée de grandeur et de majesté” [está ante todo relacionada con la idea de grandeza y majestad] (Fónagy, 1983: 96); sin embargo, es opinión compartida que son sobre todo las vocales, con su timbre claro y nítido, las que favorecen, merced también a su alta frecuencia,¹⁸ la percepción del castellano como lengua dotada de gran sonoridad y majestuosidad (cf. Navarro Tomás, 1935: 18). El timbre estable de las vocales y su duración constante, así como la preferencia por las vocales periféricas, pueden considerarse, a su vez, una consecuencia de la tensión articulatoria del español.¹⁹ Una vez más, una clara manifestación del genio del idioma, inmutable a lo largo de los siglos: como es sabido, y unánimemente aceptado, el vocalismo del español, con su simplicidad (solo cinco fonemas vocálicos y tres grados de abertura, tanto para la posición acentuada como para la inacentuada), tiene su origen en la lengua vasca, con la cual el latín estuvo en contacto, precisamente, en las zonas de origen del castellano (Echenique Elizondo, 2004: 71–72).

4. CONCLUSIÓN

A raíz de lo comentado hasta ahora, somos conscientes de que abordar el tema del genio de la lengua —o, según una perspectiva humboldtiana, la evidencia de una *energeia*, es decir,

¹⁸ Se pueden consultar datos estadísticos en Arias Rodríguez (2016) y en Gil Fernández (2007: 219, Nota 46).

¹⁹ Sobre la tensión articulatoria, de la que dependería la impresión perceptiva de la pronunciación “clara”, “limpia”, “nítida” de los castellanohablantes, véase Gil Fernández (2007: 214–215).

una emanación espontánea del espíritu²⁰— no es siempre fácil, seguramente por cierto riesgo de inconsistencia, de debilidad de las hipótesis, que a veces podrían carecer de fundamento en datos ciertos. Sin embargo, el magisterio de Ramón Menéndez Pidal nos muestra que, a menudo, incluso la observación más atenta de los datos esconde una propensión hacia lo espiritual, como pudo resumir García Isasti (2004: 405): “bajo los razonamientos cientifistas de nuestro autor, en último término, fuerzas *misteriosas y atávicas* guían la evolución del idioma”.²¹

Ante este reparo, el propósito de nuestro trabajo ha sido más bien el de proponer algunas reflexiones sobre unos testimonios antiguos de la que, en términos sociolingüísticos, se denominaría *actitud afectiva*: frente a la dificultad (o imposibilidad) de establecer con rigor científico en qué rasgos estriba el carácter varonil —rudo y tosco, pero también grave, majestuoso, sonoro— del castellano, lo cierto es que la larga historia de las ideas lingüísticas nos deja constancia de un hecho incuestionable, esto es, la existencia de una actitud compartida, tanto en el espacio (dentro y fuera de España) como en el tiempo (a lo largo de los siglos), hacia el castellano, actitud que se manifiesta a través de una adjetivación recurrente. La percepción del castellano como lengua varonil, pues, no solo es un hecho objetivo, sino que, en algunos casos, parece posible aislar, si no todos, al menos algunos de los elementos en que se fundamenta: rasgos concretos y perfectamente observables. Claro está: ello no significa que haya una relación necesaria entre la actitud y

²⁰ Nos referimos, como es obvio, a la clásica oposición *ergon/energeia* propuesta por Humboldt (1836: 41).

²¹ Nos complace recordar que escribimos estas páginas en el momento final del bienio pidalino (2018–2019).

el rasgo lingüístico; lo innegable, sin embargo, es que la existencia de la primera, al igual que la naturaleza del segundo, es un hecho objetivo, si bien, por supuesto, en su esencia no lo es (pues se trata de algo que atañe a la esfera de la afectividad). En este artículo nos hemos ceñido a rasgos de naturaleza segmental, la consonante vibrante —que es, además, el único elemento para el cual las fuentes antiguas nos ofrecen referencias explícitas— y el vocalismo; sin embargo, creemos que a partir de las distintas cualidades atribuidas a la lengua por los antiguos autores es posible identificar más rasgos, de naturaleza distinta —además de segmentales, suprasegmentales, así como algunas características que tienen que ver con ciertos ajustes articulatorios a medio y largo plazo—, que, lamentablemente, no podemos comentar aquí por razones de espacio, pero que serán objeto de un estudio futuro, más detallado.

5. REFERENCIAS

- ALFAYÉ VILLA, SILVIA (2013). Comentario. En *Aragón antiguo: fuentes para su estudio* (pp. 52–60). Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- ARIAS RODRÍGUEZ, IVÁN (2016). Cálculo de frecuencias de aparición de fonemas y alófonos en español actual utilizando un transcriptor automático. *Loquens*, 3(1), 1–29.
doi: <http://dx.doi.org/10.3989/loquens.2016.029>
- BINOTTI, LUCIA (1995). *La teoría del “Castellano Primitivo”: nacionalismo y reflexión lingüística en el Renacimiento español*. Münster: Nodus.
- BLECUA FALGUERAS, BEATRIZ (1999). Características acústicas de la vibrante múltiple del español en habla espontánea. En *Actas del I Congreso de Fonética Experimental* (pp. 119–126). Tarragona: Universitat de Barcelona y Universitat Rovira i Virgili.

- BLECUA FALGUERAS, BEATRIZ (2001). *Las vibrantes del español: manifestaciones acústicas y procesos fonéticos* (Tesis doctoral inédita). Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona. Recuperada de <https://www.tdx.cat/handle/10803/4859#page=1>.
- CATFORD, JOHN CUNNISON (2001). *A Practical Introduction to Phonetics* (2a. ed.). Oxford: Oxford University Press.
- CANELLADA, MARÍA JOSEFA, & KUHLMANN MADSEN, JOHN (1987). *Pronunciación del español: lengua hablada y literaria*. Madrid: Castalia.
- CASTELAR, EMILIO (1880). *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. Emilio Castelar el día 25 de abril de 1880*. Madrid: Imprenta de J. García.
- CITRONI, MARIO (2002). L'immagine della Spagna e l'autorappresentazione del poeta negli epigrammi di Marziale. En Gianpaolo Urso (Ed.), *Hispania terris omnibus felicior* (pp. 281–302). Pisa: ETS.
- CORREA RODRÍGUEZ, JOSÉ ANTONIO (2002). La distribución de las oclusivas orales en la toponimia prerromana de la Bética. *Panhispanica*, 2, 133–139.
- CORREAS, GONZALO (1954 [1625]). *Arte de la lengua española castellana*. Edición de Emilio Alarcos García. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- CORREAS, GONZALO (1967 [1627]). *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Edición de Louis Combet. Burdeos: Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines de l'Université de Bordeaux.
- CORRIENTE, FEDERICO (1999). *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance* (2a. ed. ampliada). Madrid: Gredos.

DE ALDANA, FRANCISCO (1985). *Poesías castellanas completas*. Edición de J. Lara Garrido.
Madrid: Cátedra.

DE ALDRETE, BERNARDO (2002 [1606]). *Del origen y principio de la lengua castellana*.
Valladolid: Maxtor.

DE COVARRUBIAS OROZCO, SEBASTIÁN (2006 [1611]). *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid Frankfurt am Main: Iberoamericana Vervuert.

DE HENAO, GABRIEL (1689). *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria*. Salamanca:
por Eugenio Antonio García.

DE IRIARTE, TOMÁS (1779). *La música: poema*. Madrid: Imprenta Real de la Gazeta.

DE LA MOTA, CARME (1991). Caracterización acústica de los sonidos vibrantes del español
en distintos estilos de habla. En *XXI Simposio de la Sociedad Española de Lingüística*,
Universidad de Granada, 16–19 de diciembre de 1991. Resumen publicado en *Revista
Española de Lingüística*, 22(1) (1992), 220–221.

DE SAN JOSÉ, JERÓNIMO (1763 [1651]). *Genio de la historia por el P. F. Geronimo de S.
Joseph carmelita descalzo* (2a. ed.). Madrid: Imprenta de Don Antonio Muñoz del
Valle.

DE SAN PEDRO, BENITO (1769). *Arte del romance castellano dispuesta segun sus principios
generales i el uso de los mejores autores*. Valencia: Benito Monfort.

DE UNAMUNO, MIGUEL (1966). *Obras completas de don Miguel de Unamuno*. Madrid:
Escelicer.

DE VARGAS PONCE, JOSÉ (1793). *Disertación acerca del castellano, en Declamación contra
los abusos introducidos en el castellano presentada y no premiada en la Academia
Española año de 1791: siguela una Disertacion sobre la lengua castellana, y la*

antecede un diálogo que explica el designio de la obra. Madrid: en la imprenta de la viuda de Ibarra.

DE VEGA CARPIO, LOPE (1987 [1632]). *La Dorotea*. Edición de Edwin S. Morby. Madrid: Castalia.

DLE = REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2014). *Diccionario de la Lengua Española* (23a. ed.). <https://dle.rae.es/?w=diccionario>.

ECHENIQUE ELIZONDO, MARÍA TERESA (2004). La lengua vasca en la historia lingüística hispánica. En Rafael Cano (Ed.), *Historia de la lengua española* (pp. 59–80). Barcelona: Ariel.

ECHENIQUE ELIZONDO, MARÍA TERESA, & MARTÍNEZ ALCALDE, MARÍA JOSÉ (2013). *Diacronía y gramática histórica de la lengua española* (5a. ed.). Valencia: Tirant.

EGURTZEGI, ANDER (2013). Phonetics and Phonology. En Mikel Martinez-Areta (Ed.), *Basque and Proto-Basque: Language-Internal and Typological Approaches to Linguistic Reconstruction* (pp. 119–172). Frankfurt am Main: Peter Lang.

FEIJOO, BENITO JERÓNIMO (1778 [1726]). *Paralelo de las Lenguas Castellana, y Francesa*. En *Teatro crítico universal* (tomo primero, discurso XV, §17).

FITA Y COLOMÉ, FIDEL (1879). *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del R. P. Fidel Fita y Colomé* (2a. ed.). Madrid: imprenta de Maroto e hijos.

FÓNAGY, IVAN (1983). *La vive voix: essais de psycho-phonétique*. París: Payot.

GALMÉS DE FUENTES, ÁLVARO (2000). *Los topónimos: sus blasones y trofeos (la toponimia mítica)*. Madrid: Real Academia de la Historia.

GARCÍA ISASTI, PRUDENCIO (2004). *La España metafísica: lectura crítica del pensamiento de Ramón Menéndez Pidal (1891-1936)*. Bilbao: Euskaltzaindia.

- GIL, JUAN (2004). Marcial en España. *Humanitas*, 56, 225–326.
- GIL FERNÁNDEZ, JUANA (2007). *Fonética para profesores de español: de la teoría a la práctica*. Madrid: Arco Libros.
- GINER DE LOS RÍOS, FRANCISCO (2004 [1886]). Paisaje. En *Obras selectas* (pp. 792–801). Edición de Isabel Pérez-Villanueva Tovar. Madrid: Espasa Calpe.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, DOLORES (1991). Fonosimbolismo y aliteración: Francisco de Aldana frente a la palabra poética. *Scriptura*, 6-7, 41–50.
- GRIJELMO, ÁLEX (2000). *La seducción de las palabras*. Madrid: Taurus.
- GRIJELMO, ÁLEX (2004). *El genio del idioma*. Madrid: Taurus.
- HUALDE, JOSÉ IGNACIO (2014). *Los sonidos del español*. Cambridge: Cambridge University Press.
- IRIBARREN ARGAIZ, MARY C. (2010). Influencias vascas en la sufijación castellana: morfología y contacto de lenguas. *Anuario del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo. International journal of basque linguistics and philology*, 44(1), 1–283.
- IRIBARREN, JOSÉ MARÍA (1995). *El porqué de los dichos: sentido, origen y anécdota de los dichos, modismos y frases proverbiales de España con otras muchas curiosidades*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- JAKOBSON, ROMAN (1960). Closing Statement: Linguistics and Poetics. En Thomas Sebeok (Ed.), *Style in Language* (pp. 350–377). Cambridge: Massachusetts Institute of Technology Press.
- LINDAU, MONA (1985). The story of /r/. En Victoria A. Fromkin (Ed.), *Phonetic Linguistics: Essays in honor of Peter Ladefoged* (pp. 157–168). Orlando, FA: Academic Press.

- MACHADO, ANTONIO (1991 [1917]). Orillas del Duero. En *Campos de Castilla (1907–1917)*. Madrid: Cátedra.
- MARTIALIS = *M. Val. Martialis epigrammata*. (1969). Edición de Watson M. Lindsay. Oxford: Oxford University Press.
- MARTÍNEZ CELDRÁN, EUGENIO, & FERNÁNDEZ PLANAS, ANA MARÍA (2007). *Manual de fonética española*. Barcelona: Ariel.
- MASSONE, MARÍA IGNACIA (1988). Estudio acústico y perceptivo de las consonantes nasales y líquidas del español. *Estudios de Fonética Experimental*, 3, 13–34.
- MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN, & TOVAR, ANTONIO (1958). Los sufijos con -rr- en España y fuera de ella, especialmente en la toponimia. *Boletín Real Academia Española*, 38, 161–214.
- MICHELENA, LUIS (1995 [1957]). The Ancient Basque Consonants. En José I. Hualde; Joseba A. Lakarra, & Robert L. Trask (Eds.), *Towards a history of the Basque language* (pp. 101–135). Amsterdam: John Benjamins.
- MIR, MIGUEL (1866). *El estado o punto de perfección a que lograron levantar la lengua española los autores de los dos últimos tercios del siglo XVI y primero del XVII*. Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del R. P. Miguel Mir. Madrid: Tipografía de los Huérfanos.
- MONROY, RAFAEL (1865). *Estudios ortográfico-prosódicos sobre la reforma que admiten la escritura y pronunciacion castellanas*. Barcelona: Juan Bastinos e hijo.
- MORENO FERNÁNDEZ, FRANCISCO (2005). *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje* (2a. ed.). Barcelona: Ariel.
- MORENO SOLDEVILA, ROSARIO (2006). *Martial, book IV: a commentary*. Leiden: Brill.

- MUÑOZ ÁLVAREZ, AGUSTÍN (1828 [1793]). *Gramática de la lengua castellana* (5a. ed.). Sevilla: Imprenta de Hidalgo y Compañía.
- MUÑOZ PENA, PEDRO (2010 [1872]). *Discurso sobre el origen y progreso de la lengua castellana*. Edición de Pilar Díez de Revenga Torres & Miguel Ángel Puche Lorenzo. Murcia: Universidad de Murcia.
- NAVARRO TOMÁS, Tomás (1999 [1932]). *Manual de pronunciación española* (4a. ed.). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- NAVARRO TOMÁS, TOMÁS (1935). *El acento castellano*. Discurso leído por el autor en el acto de su recepción académica el día 19 de mayo de 1935. Madrid: Tipografía de Archivos, Olózaga, 1.
- NGRAE = REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, & ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA (2011). *Nueva gramática de la lengua española: fonética y fonología*. Madrid: Espasa.
- ORTEGA CANTERO, NICOLÁS (2009). Paisaje e identidad: la visión de Castilla como paisaje nacional (1876-1936). *Boletín de la Asociación Española de Geografía*, 51, 25–49. Recuperado de <https://bage.age-geografia.es/ojs/index.php/bage/article/view/1131>
- ORTIZ DE PINEDO SÁNCHEZ, NÚRIA (2017). *Análisis acústico de las vibrantes del español en habla espontánea* (Tesis doctoral inédita). Universitat de Barcelona, Barcelona. Recuperado de <https://www.tdx.cat/handle/10803/454817#page=1>
- POCH OLIVÉ, DOLORES (2018). La “entraña fonética del español” según Tomás Navarro Tomás. En María L. Arnal Purroy; Rosa M. Castañer Martín; José M. Enguita Utrilla; Vicente L. Gracia, & María A. Martín Zorraquino (Eds.), *Actas del X Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Zaragoza, 7–11 de septiembre de 2015 (Vol. 1, pp. 411–425). Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1803). *Diccionario de la lengua castellana compuesto por la Real Academia Española, reducido a un tomo para su más fácil uso* (4a. ed.). Madrid: Viuda de Ibarra.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1837). *Diccionario de la lengua castellana* (8a. ed.). Madrid: Imprenta nacional.
- RODRÍGUEZ, CRISTÓBAL (1738). *Bibliotheca universal de la polygraphia española*. Madrid: Antonio Marin.
- RODRÍGUEZ ANICETO, CIPRIANO (1931). Contribución al estudio de los textos latinos de la Edad Media Española. El poema latino “Prefacio de Almería”. *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 13, 140–175.
- ROHLFS, GERHARD (1970). *Le gascon: étude de philologie pyrénéenne* (2a. ed.). Tubinga: Max Niemeyer.
- SÁNCHEZ MANZANARES, MARÍA DEL CARMEN (2019). La unidad del idioma y otras ideologías lingüísticas en las columnas sobre la lengua de Álex Grijelmo. En Carmen Marimón Llorca, & M. Isabel Santamaría Pérez (Eds.), *Ideologías sobre la lengua y medios de comunicación escritos: el caso del español* (pp. 217–234). Berlín: Peter Lang.
- TERRACINI, LORE (1992). Alabanza de lengua, menosprecio de gente, en la cultura lingüística española de los siglos de oro. En A. Vilanova (Ed.), *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona, 21–26 de agosto de 1989 (pp. 55–76). Barcelona: PPU.
- TRASK, ROBERT LAWRENCE (1997). *The History of Basque*. Londres: Routledge.
- VON HUMBOLDT, WILHELM (1836). *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des*

Menschengeschlechts. Berlín: [s.n. pero imprenta de la Real Academia de las Ciencias].

ZAMORA SALAMANCA, FRANCISCO JOSÉ (2008). Cuatro encuestas prosódicas en Castilla y León (algunas reflexiones sobre prosodia y dialectología diacrónicas en el espacio lingüístico castellano-leonés). Comunicación presentada en el XV Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina (ALFAL), celebrado del 18 al 21 de agosto de 2008 en Montevideo.